

# EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.<sup>a</sup> SERIE ✧ BARCELONA, enero de 1895 ✧ NÚMERO 14

— Con el presente número se entregará el cuaderno 14 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



LA LEYENDA DEL ASTRÓLOGO ÁRABE:

Los conspiradores de Haben-Habuz, burlando todas sus precauciones, salían de improviso de algún desfiladero, asolábanle las tierras á su vista, y después alejábanse con muchos prisioneros y un buen botín

## SUMARIO

La Iliada de Sandy Bar (conclusión).—La leyenda del astrólogo árabe.—Hortensia de Castro (continuación).—Variedades.—Pensamientos.

## LA ILIADA DE SANDY BAR

POR BRET HARTE

(Conclusión)

Al llegar aquí, estalló una tempestad de aplausos, y Scott quedó virtualmente elegido candidato.

¶ Con este motivo, Scott marchó á Sacramento; York se dirigió á otro punto, y por primera vez en muchos años una nueva atmósfera separó á los dos antagonistas.

¶ Los dos hombres, tan identificados en otro tiempo con su carácter, parecían haber sido olvidados ya completamente.

—No volverás nunca á Sandy Bar,—dijo cierto día la señorita Folisbee á York, á quien encontró casualmente en París,—pues Sandy Bar no existe ya, habiéndose erigido en el lugar que ocupaba una nueva ciudad.

Tres meses después de este incidente, y en una hermosa tarde de verano, un coche se detuvo á la puerta del *Hotel de la Unión* en Sandy Bar. Entre los pasajeros iba uno, desconocido, al parecer, que vestía con elegancia y que pidió una habitación solamente para descansar. Antes de salir el sol, á la mañana siguiente, levantóse, sacó alguna ropa de su maleta, se puso un par de pantalones blancos y cubrióse la cabeza con un sombrero de paja, echándose después al hombro un pañuelo encarnado, lo cual le transformó completamente. Después bajó la escalera sin hacer el menor ruido, deslizóse furtivamente por la puerta, y al salir fuera de la casa, nadie hubiera reconocido en él al extranjero llegado la noche anterior.

¶ Aquel hombre era Enrique York, de Sandy Bar.

Como la luz era escasa aún, York debió detenerse un momento para recordar dónde estaba, pues el Sandy Bar de sus recuerdos hallábase más cerca del río, y los edificios que veía á su alrededor eran de moderna construcción. Al fin, continuó su marcha, y á poco detúvose de nuevo al ver una escuela y una iglesia. Entonces reconoció dónde estaba, y, bajando rápidamente por un declive, franqueó una zanja y se encontró, al fin, frente al *Círculo de la Amistad*. A sus pies veía la tierra removida; algunas aves triscaban en el ramaje, y una liebre pasó por delante de él para esconderse en su madriguera.

Aún no se había atrevido York á mirar á su alrededor, particularmente en cierta dirección; mas el sol estaba ya bastante alto para iluminar del todo una pequeña cabaña que despertaba en él muchos recuerdos; y, á pesar del dominio que sobre sí tenía, su corazón latió violentamente al dirigir hacia allí la vista.

La ventana y la puerta estaban cerradas, y por la chimenea de adobo no salía humo; pero en todo lo demás no se notaba el menor cambio.

Cuando York estuvo á pocos pasos de su puerta, recogió del suelo una pala rota, empuñóla sonriendo, y, avanzando hacia la cabaña, llamó. Nada se oía en el interior, y, al observar esto, el rostro de York tomó una expresión grave al empujar la puerta.

Un hombre se adelantó hacia él con aire de enojo. Tenía los ojos sanguinolentos, la mirada extraviada. Sus brazos se alargaron con ademán amenazador; pero aquella figura retrocedió de pronto, abrió la boca y cayó de bruces, sin conocimiento, al parecer.

Pero antes de que tocara el suelo, York la recibió en sus brazos y sacóle de la cabaña para que el sol y el aire produjeran su benéfico efecto.

Un momento después estaba sentado, sosteniendo el cuerpo convulso de su antiguo socio sobre las rodillas, mientras que enjugaba el sudor de su frente y sus mudos labios.

Poco á poco el temblor fué menos pronunciado. Por fin, cesó, y aquel hombre vigoroso quedó como inerte.

Durante algunos momentos, York le contempló fijamente, y tan sólo el golpe del hacha de un leñador que trabajaba en el bosque interrumpió el silencio que allí reinaba. En la cumbre de la montaña, un milano se cernía en las nubes, y á poco oyéronse voces de hombres que exclamaban:

—¡Un duelo!

—No: no es un duelo,—díjoles York cuando hubieron llegado;—y os agradeceré que me ayudéis á conducir á este hombre al hotel.

Por espacio de una semana, el antiguo socio de York no recobró el conocimiento más que á intervalos, insensible á todo menos al temor que le causaba su estado.

Al octavo día pareció recobrar el conocimiento, y, abriendo los ojos, miró á York y estrechó su mano.

—¡Ah!—exclamó.—¿Sois vos? Creí que soñaba ó que sufría los efectos del aguardiente.

Por única contestación, York cogió las manos de su antiguo amigo y estrechólas cariñosamente.

—Conque ¿habéis estado fuera?—preguntó Scott.—¿Os ha gustado París?

—Así... así. Y ¿qué tal os parece Sacramento?

—¡Oh! Insufrible.

Por de pronto, esto fué todo lo que se pudo decir; pero poco después Scott abrió los ojos de nuevo.

—Estoy muy débil,—dijo,—sumamente débil.

—Ya os restableceréis pronto.

—No lo creo.

Siguióse un largo silencio, durante el cual se siguieron oyendo los golpes del hacha del leñador, y además el ruido que hacían los habitantes de Sandy Bar al comenzar el movimiento diario.

Lentamente, y con no poca dificultad, Scott

volvió la cabeza, miró á su amigo y díjole:

—Yo pude haberlo muerto una vez.

—¡Ojalá lo hubierais hecho!

Los dos se estrecharon la mano otra vez; pero la de Scott se debilitaba evidentemente, y hubo de apelar á la energía que aún le quedaba para hacer un supremo esfuerzo.

—¡Buen hombre!—murmuró.

—¡Querido amigo!—exclamó York.

—¡Acércate más!

York inclinó su cabeza sobre la del enfermo.

—¿Te acuerdas de aquella mañana?—preguntó Scott.

—Sí.

Scott, haciendo un esfuerzo para sonreirse, murmuró:

—Buen amigo: me parece que había demasiada sal en aquel pan.

Asegúrase que estas fueron sus últimas palabras; pues cuando el sol, que tantas veces fuera testigo del inexplicable rencor de aquellos dos hombres, volvía á iluminar el aposento donde Scott se hallaba, la mano de éste desprendiase, inerte y helada, de la de su amigo.

Scott había exhalado el postrer aliento.

## LA LEYENDA DEL ASTRÓLOGO ÁRABE POR WASHINGTON IRVING

### T MADO DE LOS "CUENTOS DE LA ALHAMBRA"

En remota época, es decir, hace algunos centenares de años, hubo un rey moro llamado Aben Habuz, que gobernó en Granada. Era un conquistador retirado, ó, mejor dicho, hombre que, habiendo vivido en su juventud en medio de las guerras y cometiendo depredaciones, llegado á la edad en que las fuerzas se debilitan y se ansía el reposo, no deseaba más que vivir en paz con todo el mundo, renunciando á nuevos laureles y disfrutar tranquilo la posesión de lo que había usurpado.

Pero aquel razonable y pacífico anciano monarca tenía rivales jóvenes, príncipes deseosos de lucha y de alcanzar fama y muy dispuestos, por lo tanto, á pedirle cuenta de cuanto había usurpado á sus padres.

Por otra parte, ciertos distritos de su propio territorio, que durante los días de vigor del anciano rey habían sido tratados con mucha dureza, al ver ahora que sólo deseaba ya el descanso, manifestaron tendencias á rebelarse y hasta amenazaban ya invadir la capital.

Así, pues, el anciano rey tenía enemigos por todas partes; y como Granada está circuida de altas montañas que ocultan la aproximación de un enemigo, el infortunado Aben-Habuz estaba siempre inquieto y alarmado, sin saber por qué punto podrían comenzar las hostilidades.

En vano mandó construir en las montañas torres para los vigías, apostando tropas en todos los pasos con órdenes muy precisas, á fin de que se ejerciese la mayor vigilancia, pre-

viendo también que se encendiesen hogueras de noche y se hicieran determinadas señales durante el día apenas se notara la aproximación de un enemigo.

Los que conspiraban contra él, burlando todas las precauciones, salían de improviso de algún desfiladero, asolaban las tierras del soberano á su vista, y alejábanse después con muchos prisioneros y un buen botín para ocultarse de nuevo en las montañas. Jamás un conquistador pacífico y retirado se había visto en tan enojosa situación.

Mientras Aben-Habuz se entregaba á sus tristes y enojosas reflexiones, llegó á su corte un antiguo físico árabe, hombre que, á juzgar por su larga barba gris y todo su aspecto, debía ser de una edad muy avanzada, por más que hubiese llegado del Egipto á pie, sin más ayuda que un báculo lleno de jeroglíficos, pero precedido de su fama. Llamábase Ibrahim-Ebn-Abu-Ajeeb. Asegurábase que había vivido desde el tiempo de Mahoma y que era hijo de Abu-Ajeeb, el último compañero del Profeta. Cuando niño, había seguido al ejército conquistador de Amrú hasta Egipto, y allí permaneció muchos años estudiando las ciencias ocultas, particularmente la magia, entre los sacerdotes egipcios.

Decíase, además, que había descubierto el secreto para prolongar la vida, y que, gracias á esto, le fué dado llegar á la edad de doscientos años; pero que, á causa de no haber hecho el descubrimiento hasta una edad muy avanzada, solamente podía perpetuar su cabello gris y sus arrugas.

Aquel hombre maravilloso fué recibido cordialmente por el rey, que, así como la mayoría de los monarcas ancianos, comenzaba á favorecer mucho á los físicos. De buena gana hubiera destinado una buena habitación en su palacio para Ibrahim; pero el astrólogo prefirió una gruta en la falda de la colina que se eleva sobre la ciudad de Granada, siendo la misma en que se construyó la Alhambra. El anciano Ibrahim solicitó tan sólo que se ensanchase aquella cueva, formándose una espaciosa y alta cámara, con un agujero circular en la parte superior, por donde le fuese dado ver el cielo y contemplar las estrellas, aunque fuese de día. Las paredes de aquella cámara se cubrieron de jeroglíficos egipcios, símbolos cabalísticos, figuras de estrellas y diversos signos; y, por último, se llevaron allí algunos útiles fabricados bajo su dirección por los más hábiles artifices de Granada, pero cuyas propiedades ocultas no eran conocidas más que del astrólogo.

Muy pronto el sabio Ibrahim llegó á ser consejero de confianza del viejo rey, que le pedía parecer en todos sus apuros. Aben-Habuz se lamentaba un día de la injusticia de sus vecinos, quejándose de la continua vigilancia que debía ejercer para librarse de sus depredaciones. El astrólogo le había escuchado atentamente, y después de una pausa le contestó:

—Habéis de saber, ¡oh rey!, que cuando estaba en Egipto tuve ocasión de ver una mara-



LA ILÍADA DE SANDY BAR: Scott cayó de bruces, perdiendo el conocimiento

villa, inventada por una sacerdotisa pagana de la antigüedad. En cierta montaña, sobre la ciudad de Borsa, y dominando el gran valle del Nilo, veíase la figura de un morueco y más arriba la de un gallo, ambas de bronce fundido y que giraban sobre un eje. Cuando el país estaba amenazado por alguna invasión, el morueco giraba hacia el punto por donde el ene-

migo venía, y el gallo cantaba. De este modo, los habitantes de la ciudad podrían prevenirse contra el peligro; sabían por qué lado era de temer, y érales dado adoptar oportunamente sus medidas para atender á su defensa.

—¡Dios es grande!—exclamó el pacífico Aben-Habuz.—¡Qué tesoro sería para mí semejante morueco para vigilar las montañas

que me rodean, y también un gallo de esa especie para anunciarme la hora del peligro! ¡Qué seguro podría yo dormir en mi palacio, teniendo á mi disposición tales centinelas!

El astrólogo esperó á que el rey acabase de hablar, y después continuó:

—Cuando el victorioso Amrú, que en paz descansa, hubo terminado su conquista de Egipto, permanecí entre los ancianos sacerdotes del país, estudiando los ritos y ceremonias de su religión idólatra y esforzándome para adquirir los ocultos conocimientos á que deben

to, y penetré en el mismo corazón de la pirámide, llegando, por último, á la cámara sepulcral, donde se hallaba, hacia siglos, la momia del gran sacerdote. Rasgué las cubiertas exteriores de la momia y sus muchos vendajes, y encontré el precioso libro en su pecho. Cogíle con mano temblorosa y salí de la pirámide, dejando á la momia en su oscuro y silencioso sepulcro, donde, sin duda, debía permanecer hasta el día del juicio final.

—Hijo de Abu-Ajeeb,—exclamó Aben-Habuz;—tú has sido un gran viajero y has visto



LA ILÍADA DE SANDY BAK: El pobre Scott había exhalado el postrer aliento

su fama. Cierta día estaba sentado en las orillas del Nilo, conversando con un anciano sacerdote, cuando de pronto, mirándome fijamente, señalóme las majestuosas pirámides que se destacaban cual montañas en la inmediación del vecino desierto. «—Todo cuanto te podemos enseñar,—dijo,—no es nada, en comparación de lo que se encierra en esos poderosos pilares. En medio de la pirámide del centro hay una cámara sepulcral, donde se halla la momia del supremo sacerdote que ayudó á levantar esa estupenda mole, y con ella fué sepultado un libro maravilloso que contiene todos los secretos del arte de la magia. Este libro fué entregado á Adán después de su caída, y transmitióse de una generación á otra hasta el tiempo del sabio Salomón, en cuya época, gracias á lo que en él se decía, fué dado construir el templo de Jerusalén. Solamente el constructor de las pirámides sabe cómo llegó á sus manos aquel tesoro, porque no ignora nada». Cuando oí estas palabras del sacerdote egipcio, el deseo de poseer aquel libro hizo latir mi corazón con violencia y pensé en el medio de adquirirle. Yo podía valerme de los servicios de muchos soldados de nuestro ejército conquistador y también de los de algunos indígenas. Con ellos comencé á trabajar y perforamos la sólida masa de la pirámide, hasta que, después de ímprobo trabajo, llegué á uno de los pozos interiores y ocultos. Seguílos sin vacilar, á través de un imponente laberín-

maravillas; pero ¿de qué me sirve el secreto de la pirámide y el libro del sabio Salomón?

—Habéis de saber, ¡oh rey!, que por el estudio de ese libro poseo todas las artes mágicas y puedo impetrar el auxilio de los genios para realizar mis planes. El misterio del talismán de Borsa es familiar para mí. Yo puedo hacer otro, y tal vez con mayores virtudes.

—¡Oh sabio hijo de Abu-Ajeeb!—exclamó Aben-Habuz.—Más valdría semejante talismán que todas las torres de vigías en las montañas y los centinelas en mis fronteras. Proporcióname tan segura salvaguardia y pondré á tu disposición las riquezas de mi tesoro.

El astrólogo comenzó á trabajar sin pérdida de tiempo para satisfacer los deseos del monarca, y lo primero que hizo fué ordenar la erección, en la azotea del palacio, de una gran torre que dominaba la colina de Albayán, torre que se construyó con piedras procedentes de Egipto, tomadas, según se aseguró, de una de las pirámides. En la parte superior de la torre había una cámara circular, con ventanas que daban á todos los puntos cardinales, y delante de cada una de ellas colocóse una mesa, sobre la cual se dispuso, como un tablero de ajedrez, un diminuto ejército compuesto de infantes y caballos, con la efigie del potentado que gobernaba en aquella dirección. Todas las figuritas eran de madera esculpida. En cada una de las mesas se colocó, además, una diminuta lanza, en la cual veíanse ciertos caracte-

res caltaicos. La cámara se mantenía cerrada siempre por una puerta de bronce, con una enorme cerradura de acero, cuya llave guardaba el rey.

En la cúspide de la torre se puso una estatua, también de bronce, que representaba un jinete moro, fija sobre un eje, con el escudo en un brazo y la lanza levantada perpendicularmente. La cabeza del jinete estaba vuelta hacia la ciudad, como para vigilarla; pero si se presentaba algún enemigo á la vista, la figura se volvía en la dirección en que apareciera y blandía la lanza cual si se dispusiera á entrar en acción.

Cuando el talismán estuvo concluído, Aben-Habuz se mostró impaciente por poner á prueba sus virtudes, y ahora deseó tanto una invasión como había suspirado antes por el reposo.

No tardó en quedar satisfecho su deseo, pues el centinela encargado de vigilar la torre presentóse una mañana á primera hora para decir que la cabeza del jinete de bronce estaba vuelta hacia las montañas de Elvira, y que su lanza apuntaba contra el paso de Lope.

—¡Que toquen los tambores y trompetas, y que toda Granada se prepare!—gritó Aben-Habuz.

—¡Oh rey!—exclamó el astrólogo.—No alarméis á la ciudad, porque no es urgente llamar á las armas á vuestros guerreros, ni necesitamos fuerzas para rechazar á los enemigos. Dad orden para que se retiren vuestros servidores y vamos los dos solos á la cámara de la torre.

El anciano Aben-Habuz subió la alta escalera apoyándose en el brazo de Ibrahim, más viejo aún que él. Abrieron la puerta de bronce y entraron. La ventana que daba al paso de Lope hallábase abierta.

—En esa dirección está el peligro,—dijo el astrólogo.—Acercaos, ¡oh rey!, y contemplad el misterio de la mesa.

Aben-Habuz se aproximó á la mesa en que se veían las figuritas de madera, y con no poca sorpresa observó que todas ellas estaban en movimiento. Los caballos hacían corvetas, los infantes blandían sus armas y percibiase un débil rumor de tambores y clarines, de choque de armas; pero este rumor era sordo como el zumbido de las abejas en un día de verano.

—Contempla, ¡oh rey!,—dijo el astrólogo,—la prueba de que tus enemigos están ya en el campo. Seguramente, avanzan ahora por aquellas montañas, franqueando los pasos de Lope. Si quieres producir el pánico y la confusión entre ellos, obligándolos á retirarse sin que se pierda vida alguna, golpea las figuritas con el regatón de esa lanza mágica; pero si deseas que haya efusión de sangre y carnicería entre tus enemigos, hiere las figuritas con la punta.

Al oír esto, Aben-Habuz palideció, y, cogiendo la diminuta lanza con mano temblorosa, acercóse más á la mesa.

—Hijo de Abu-Ajeeb,—exclamó;—creo que convendrá ver un poco de sangre.

Así diciendo, hirió con la lanza mágica algunas de las figuritas, golpeando otras con el regatón de aquella. Las primeras cayeron como muertas sobre la mesa, y las demás, confundiendo entre sí, comenzaron á pelear.

Con dificultad pudo el astrólogo detener la mano del más pacífico de los monarcas, impidiéndole que exterminara completamente á sus enemigos; pero, al fin, consiguió que saliese de la torre y que enviara exploradores á las montañas en dirección á los pasos de Lope.

Pronto se recibieron noticias de que un ejército cristiano había avanzado por el corazón de la sierra hasta hallarse casi á la vista de Granada; pero, habiéndose producido entonces disensiones, comenzaron á luchar entre sí, y después de mucha matanza retiráronse hacia la frontera.

Aben-Habuz manifestó su alegría al reconocer la eficacia del talismán.

—Al fin,—dijo,—podré vivir tranquilamente, teniendo á mis enemigos á raya. ¡Oh sabio hijo de Abu-Ajeeb! ¿Qué podré yo darte para recompensar semejante servicio?

—Las necesidades de un anciano y de un filósofo son pocas y muy sencillas,—contestó el astrólogo.—Me contentaré con los medios necesarios para arreglar un ermitorio como á mí me convendría tenerle.

—¡Qué noble es la moderación de los verdaderos sabios!—exclamó Aben-Habuz, secretamente complacido por lo poco que le costaba la recompensa.

Y llamando á su tesorero ordenóle que entregase á Ibrahim las sumas que éste pudiera necesitar para abastecer su ermita.

El astrólogo dispuso después que se socavara la roca sólida para formar una serie de aposentos que se comunicaran con su observatorio astrológico; luego mandó que se amueblaran con lujosas otomanas y divanes, y que se tapizasen las paredes con las más ricas sedas de damasco.

—Soy muy viejo,—dijo,—ya no puedo reposar en lechos de piedra, y estas paredes húmedas se han de cubrir con algo.

También quiso que se pusieran baños, muy cómodos y provistos con toda especie de perfumes y aceites aromáticos.

—Un baño,—observó,—es indispensable para contrarrestar la rigidez de los años, restableciendo la frescura y la elasticidad en el armazón gastado por el estudio.

Ibrahim deseó también que las habitaciones se iluminaran con numerosas lámparas de plata y de cristal, alimentadas con aceite perfumado, que se preparó según la receta descubierta por él en las tumbas de Egipto. Este aceite era perpetuo por su naturaleza, y difundía una suave claridad, semejante á la luz moderada del día.

—El brillo del sol,—dijo,—es demasiado fuerte para los ojos de un anciano, y la luz de la lámpara es más propia para los estudios de un filósofo.

(Se concluirá)

## VARIEDADES

### Los temblores de tierra en Sicilia á través de las edades

El último temblor de tierra que acaba de producir tan honda consternación en Sicilia, hace recordar las diversas épocas en que esta isla los ha sufrido.

Desde 1800 hasta el día de la actividad sísmica de Sicilia y Calabria, ha ido en aumento progresivo. De 1803 á 1831, la parte central de Sicilia se ha visto libre de estos terribles fenómenos; pero de 1832 á 1837 pasó del primero al segundo grado de actividad y saltó luego de pronto al quinto de 1750 á 1849.

Actualmente la distribución de actividad sísmica en Sicilia, según la escala de Mercalli, es de 1 á 10 del cuarto grado en la punta occidental; del quinto en el Centro y Sur del litoral SO.; del séptimo en las costas septentrionales, occidentales y sobre la punta meridional; de octavo y noveno en la punta NE. y en las regiones del Etna.

La Calabria Meridional alcanza el séptimo grado, la central (Catanzaro) el noveno y la superior (Cosenza) el décimo.

Examinando la crónica de los fenómenos ocurridos, se encuentran los siguientes:

426 antes de Jesucristo.—Grandes temblores de tierra en Sicilia.

341 antes de Jesucristo.—Temblores de tierra desastrosos en Sicilia, que destruyeron el palacio de Dionisio, tirano de Siracusa.

126 antes de Jesucristo.—Gran temblor de tierra en las regiones del Etna.

122 antes de Jesucristo.—Temblor de tierra muy grave en Catania.

40 de la era cristiana.—Terrible temblor de tierra en Sicilia. Calígula, que se encontraba allí, huyó espantado. En esta época tuvo lugar el martirio de Santa Ágata, que desde entonces es considerada como protectora contra las lavas y temblores de tierra en la región catánea.

252 (5 de febrero).—Temblor de tierra en Catania.

162.—Temblor de tierra en Sicilia.

369 ó 65 (pues hay dos versiones).—Gran temblor de tierra en Alejandría de Egipto, al mismo tiempo que en Sicilia, en Benevento y Bérnago.

373.—Temblor en Calabria y Sicilia; el mar invadió y arruinó muchas ciudades de Sicilia.

Después hubo un largo período de calma relativa, á pesar de que ocurrieron algunos movimientos de escasa importancia.

A partir de este período, la actividad sísmica recobró su anterior intensidad.

1169.—Ocurrió uno de violencia tal, que alcanzó á toda Sicilia, y Catania quedó casi completamente destruída por las lavas del Etna, que incendiaron la catedral: éste causó 15,000 víctimas.

1638.—El de este año causó graves daños en 200 pueblos y más de 2,000 víctimas.

La aldea de Santa Eufemia se hundió con to-

dos sus habitantes, y el lugar que ocupaba quedó convertido en lago. Este fenómeno se prolongó de un modo casi intermitente hasta 1641.

1669.—Otro muy violento y de larga duración en Nicola-i. En la mañana del 11 de marzo se sintió un gran ruido subterráneo, abriéndose una inmensa grieta de 10 millas de largo de S. á N. en los costados del Etna, y formándose 20 cráteres. El 14 de abril la lava llegó hasta Catania, destruyendo la parte SO. y llegando hasta el mar, en el que formó un nuevo promontorio.

1693.—En esta época ocurrió el más terrible de estos fenómenos. De sus consecuencias puede juzgarse por lo que cuenta una crónica de aquel tiempo.

Quedaron totalmente destruídas 49 ciudades, 972 iglesias y conventos, y causó 93,000 víctimas.

1783.—Entre las conmociones terrestres que recuerda la historia, la ocurrida este año fué ciertamente una de las mayores y más prolongadas. Empezó en febrero de 1783 y duró hasta 1786.

La primera sacudida destruyó completamente los pueblos de la gran llanura de Calabria; hubo 140 sacudidas en veinticuatro horas, y durante este tiempo causó grandes destrozos en Messina y Reggio.

En Scila, una gran montaña se precipitó en el mar, y éste se levantó con tanta violencia, que más de 1,200 personas que se habían refugiado en buques para salvarse de los movimientos de la tierra se ahogaron. Entre los temblores de tierra y la infección producida por la descomposición de los cadáveres insepultos, el número de víctimas llegó á la cifra de 60,000.

En Pellro, cerca de Reggio, existía aún en 1883 una mujer llamada Anunziata Calveri, que había asistido á esta terrible catástrofe.

1818.—Temblor de tierra en Catania y en toda la región del Etna, que causó 72 muertos y 97 heridos.

1835.—En este año hubo 36 violentas sacudidas, que causaron grandes daños.

1865.—La más considerable erupción del Etna en nuestro siglo, con acompañamiento de violentas sacudidas y producción de grandes grietas.

1892.—Muy fuerte temblor de tierra en las regiones cercanas al Etna, que causó inmensos destrozos y numerosas víctimas, terminando, con la recientemente ocurrida, la serie de estos terribles fenómenos.

Parece que, por desgracia, no se verá libre de ellos este infortunado país.

## \*\*\* PENSAMIENTOS \*\*\*

—La educación se conoce, más que en la mesa, en el tranvía.

Y, sobre todo, á la entrada del teatro, cuando hay aperturas.

—El cuerpo de telégrafos es en España más numeroso de lo que parece.



LA LEYENDA DEL ASTRÓLOGO ÁRABE: El rey hirió con la lanza mágica algunas de las figuritas

No hay más que fijarse en los balcones: siempre hay jóvenes haciendo señales.

A las que corresponden desde la calle sus novios.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona. — MANUEL PLA Y VALOR: Ancha de San Bernardo, n.º 19. pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.— BARCELONA